

Copyright2013. La bruja de Willows house. Camila Winter kindle edition Amazon 2013.Todos los derechos reservados, prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

La bruja de Willows house

Camila Winter

Nueva Inglaterra, Estados Unidos

Ciudad de Boston Año 1739

CAPÍTULO 1

El extraño forastero

Cuando la joven Elaine Lowell entró en el salón de la mansión de la familia Ruperts muchos invitados se volvieron a mirarla y de pronto se hizo un silencio.

Una de las damas de más edad, viuda de un rico hacendado hizo un gesto de contenido desdén. Conocía bien a esa familia, John Lowell era un comerciante próspero de la colonia, por esa razón eran invitados a todas las fiestas. Pero ningún caballero parecía interesado en Elaine, y ella sabía la razón...

Elaine Lowell, ajena a las maquinaciones de su anfitriona se movió confiada entre sus amistades. La joven no era engreída, a pesar de ser hermosa y era consciente de los rumores que corrían sobre ella.

Esa noche parecía esperar a alguien en el salón, pero ese alguien no era visible y ella hizo un gesto de comprensión. Ned nunca asistía a las fiestas, las consideraba pecaminosas. Todo lo que no fuera una vida sencilla, era pecado para ese joven puritano.

Entonces él la vio, y su imagen le dejó obnubilado varios segundos sin saber qué hacer o decir, y al volverse un viejo amigo suyo, de poblados bigotes sonrió.

—¿Quién es ella?—preguntó el caballero Richard Forbes con gesto interrogante.

—Es la señorita Elaine Lowell, la hija del caballero Lowell, la conocerá usted...

No, no le conocía pero al saber que era soltera sonrió. Una sola mirada había alcanzado para saber que quería convertirla en su esposa. Era bella, sana, y muy joven. ¿Qué edad tendría? ¿Diecisiete, dieciocho? Sus ojos verdes se detuvieron en el discreto escote del vestido azul, disimulando el abundante pecho y las rollizas formas que

empezaban a excitar el misterio y su deseo, de tener nuevamente una esposa en su lecho.

Hacía más de un año que había enviudado, y mucho menos que planeaba casarse nuevamente. Necesitaba herederos, y necesitaba una compañera con quien conversar y compartir esos momentos tristes cuando el invierno los dejaba aislados durante días, por la crecida de la costa de Devon en Willows house, mansión de su familia por más de cien años.

Y al parecer la familia de la joven era honorable, las damas sanas y prolíficas. La dote interesante, aunque esto último no le preocupaba, era un hombre inmensamente rico. Y también inmensamente solo.

Catherine Emerson, su anfitriona, fue quien se encargó de hacer las correspondientes presentaciones. La joven demostró ser muy seria y educada, pero toda su belleza y exuberancia contrastaba con su excesiva timidez y castidad.

Dios, ¿no sería una de esas jóvenes de las colonias puritanas? No lo parecía, nadie le había advertido.

Los ojos violetas de la joven, de espesas pestañas permanecían fijos en el suelo y de pronto sintió deseos de quitarle ese gorro, soltar su cabello castaño brillante y robarle un beso.

Tal vez fuera el efecto del vino, pero nunca se había sentido tan fascinado por una mujer como por esa chiquilla.

La vio alejarse con cierta pena, y se preguntó cómo podría volver a verla, sin que su interés por ella fuera tan evidente.

Y como para él el matrimonio era necesario, pero también un asunto muy serio habló con su fiel amigo Andrew Bradlee al día siguiente y le pidió que averiguara sobre la familia de la joven. Ansiaba volver a verla pero debió ser paciente.

Regresó a su mansión esa misma tarde. Los sirvientes lo saludaron y se miraron perplejos. Sintió ciertas miradas de temor y se preguntó si acaso habrían visto de nuevo a la bruja de Willows house. Esperaba que no. Ese asunto lo enervaba.

Recorrió a caballo las propiedades a una velocidad vertiginosa. Quería dejar atrás el pasado y olvidar, esos ojos tristes que se dibujaban en ese cielo oscuro, de pronto se convirtieron en los ojos violetas de espesas pestañas y mirar cándido. Era la joven Elaine Lowell. Hermosa, tan joven e inexperta. Una pequeña puritana capaz de hechizar el corazón de un hombre en un instante... Un corazón muerto como el suyo.

Pero en ningún momento Richard Forbes creyó estar enamorado. Ese estado doloroso solo había conocido una vez en su vida, y pensó que su entusiasmo por la bella joven era debido a su necesidad física, apremiante, de una esposa. Pues como buen puritano creía que el matrimonio era el lugar correcto para saciar esa necesidad imperiosa.

En su residencia campestre de Plymouth la joven Elaine miraba distraída el paisaje agreste desde la ventana de su dormitorio. Un extraño presentimiento hizo que se volviera al instante. Oh, debía ser él, Ned. Sentía su presencia mucho antes de aparecer y no sabía explicarlo... O tal vez sí lo sabía.

Sus ojos aguardaron con ansiedad su llegada, pero no era Ned quien les honraba con su visita, no como solía hacerlo. Sino ese caballero de mirada fría...¿Cuál era su nombre? Lo había olvidado, pero lo llamaban el forastero, porque no era del pueblo sino de un lugar llamado Willows house.

—OH, Elaine, ve a arreglarte, tenemos invitados—dijo su madre entrando en la habitación.

Ella se sonrojó por haber estado espiando. Obedeció al instante y cepilló su cabello castaño. Luego se puso un vestido ligero de muselina color crema. Le sentaba ese color, resaltaba su cabello y sus ojos.

Casi leyó los pensamientos de su madre y sintió miedo. No quería que le buscaran un esposo, quería a Ned. Y en esa simple frase estaba la llave de su corazón.

Era un joven bondadoso, y siempre lo había amado. De niños compartieron juegos, y risas, ella y sus hermanas. Pero en los últimos años algo había cambiado.

Él se había alejado. Luego de aquel episodio en el bosque en que se tendieron en la hierba y se besaron. ¡Oh, qué dulce beso, qué bello era el amor!

Bajó en compañía de su madre. En el comedor aguardaba ese misterioso forastero de mirada fría y expresión impasible.

Se saludaron y de pronto charlaron.

Hubo otros invitados, pero la presencia de ese hombre era muy significativa y lo sabía.

Entonces pensó en Ned. ¿Por qué no había vuelto a verle después de aquel último encuentro?

“Perdona Elaine, no debió ocurrir... Yo. Por favor, no fue prudente. Debemos olvidar lo que ocurrió.” Le había dicho él y ella había ansiado sus caricias, sus besos desvistiendo su corpiño, haciéndola sentir un deseo irrefrenable. Y a pesar de su inocencia, no se había atrevido a detenerle. A pesar de los severos consejos de su madre, de llevar siempre el cabello sujeto con un gorro, ese día Elaine había perdido la cabeza. Ned la había despertado, como si hubiera dormido mucho tiempo y luego, oh, él se había detenido, avergonzado. Porque dijo que no era correcto, y que si los pillaban serían severamente castigados.

Luego de ese episodio había evitado su compañía y ella, oh, tenía el corazón roto esperando. Esperando una señal, una palabra.

Sus padres en cambio esperaban que se fijara en ese desconocido. En ese caballero huraño, forastero, como si un caballero tan fino pudiera fijarse en una joven como ella.

Pero Elaine jamás replicaba, era una joven obediente, criada en una granja por una madre puritana y un padre nada severo.

La mirada de Richard Forbes la seguía a cada paso y se sintió intranquila. Tuvo un extraño presentimiento, vio algo que la inquietó. La imagen del extraño forastero parado en una casa oscura, mirándola fijamente. Una casa llena de oscuridad, un paisaje sombrío...

—Mi querida niña, debes deleitarnos en el piano.—dijo su padre.

Elaine obedeció y entonces, las miradas de los caballeros se posaron en la hija de su anfitrión.

Al caballero John Lowell le encantaba vestir a la moda europea, y vivir como lo haría cualquier caballero inglés. Alto, delgado y con abundante cabello blanco, sus ojos tenían sin embargo la agudeza de un halcón, decía conocer a las personas. Y Richard Forbes, “el forastero” le agradaba.

Detestaba ser llamado granjero, sus negocios estaban en la floreciente Boston. Era un hombre instruido y despreciaba levemente a sus parientes que siempre tenían las manos negras de tierra, y el dedo acusador buscando alguna bruja para acusar ante el ayuntamiento. Él en cambio pensaba que las brujas eran criaturas fascinantes, por esa razón se había casado con una.

Sus ojos adquirieron una expresión vacilante al observar al forastero. Conocía a su familia por supuesto, eran dueños de una inmensa propiedad llamada Willows house,

una preciosa casa al estilo inglés, y muy rico. Pero el caballero era viudo. Qué triste perder una esposa siendo tan joven...

Parecía interesado en su hija. El asunto no le agradaba, pero se había prohibido ser un padre severo, de esos que encierran a sus hijas bajo siete candados. Tres de ellas se habían casado pero quedaba la más pequeña: Elaine. Casarla con ese granjero que además soñaba con ser reverendo, llamado Ned Holmes, no estaba en sus planes. Había notado como las mejillas de la joven se llenaban de rubor al verle y lo desaprobaba. Era un simplón, un puritano y se rumoreaba que papista...

John Lowell hizo planes en silencio. Debía casar pronto a su hija, y ponerla a salvo de esos rumores malignos. La belleza y la juventud siempre despertaban envidias, y varias damas con hijas casaderas empezaban a señalarla con el dedo y a decir “sandeces”.

—Oh, por favor continúe la historia. ¿Vive usted en una mansión encantada, mi lord? Eso es extraordinario—dijo una dama de grueso talle, amiga de la esposa de John.

Euphemia Collins sabía que el forastero buscaba esposa y esa noche había llevado a sus dos hijas casaderas con la esperanza de que escogiera una. Anne era la más bella y espigada, pero la señora Collins pronto comprendió que estando presente la hija de John Lowell, ningún caballero repararía en sus hijas. Y vio con envidia como el rico caballero de Willows house seguía a Elaine con la mirada.

Eso porque era un forastero y no sabía la leyenda. Lo que se contaba de la joven, y esos poderes extraños... Si lo supiera, su interés decaería y entonces. Su hija Anne podría ser elegida.

Fue solo un pensamiento. Euphemia no se atrevería a hacer ese comentario. Mary Anne Lowell era una vieja amiga.

Lo que ignoraba la señora era que el caballero forastero de Willows había hecho su elección y nadie podría persuadirle de que hiciera lo contrario.